

Pasión por Francia

Ernesto Velázquez Briseño

En días recientes el director de TV UNAM, Ernesto Velázquez, fue nombrado Caballero de la Orden de Artes y Letras de la República Francesa. En su discurso nos otorga un recorrido, a medio camino entre la autobiografía y la meditación, por las presencias que han entablado un diálogo profundo entre Francia y México.

Deseo agradecer al señor embajador Parfait, muchas gracias, y gracias también por su generosidad y la de sus colaboradores; gracias particularmente a Bertrand de Harting y Nouredine Essadi por promover que fuera yo beneficiario del altísimo honor que representa recibir esta condecoración. Gracias, especialmente, al Ministro de la Cultura y de la Comunicación, Frédéric Mitterrand, por concederme el nombramiento como Caballero de la Orden de Artes y Letras de la República Francesa.

No hay nadie que esté dedicado a la cultura que no tenga una gran deuda con Francia: eso lo sabemos todos. Como una inmensa mayoría de sus deudores, yo también descubrí la extraordinaria cultura francesa a través de su literatura. Luego de un viaje a París a principios de los años setenta del siglo pasado, mi padre comenzó obsesivamente a leer a los grandes narradores franceses decimonónicos y se convirtió en un gran devoto de ellos, especialmente de Victor Hugo. Luego de leerlos, compraba todas las biografías que encontraba de sus autores favoritos y contaba, con cualquier pretexto, pasajes espléndidos de las novelas que había leído, especialmente de *Los miserables*, su preferida. Pronto propició una cauda de lecturas que marcaron mi adoles-

cencia, a las que se sumó más tarde el descubrimiento de sus grandes poetas y narradores del siglo XX, gracias a la sabiduría de Octavio Paz.

Cuando Octavio Paz regresó a México, justo en esos años, luego de un autoexilio propiciado por la terrible tarde del 2 de octubre de 1968, presidía la vida cultural del país y entre otras muchas actividades, tenía la generosidad de impartir cursos abiertos en El Colegio Nacional en el viejo Centro Histórico de la ciudad. Estos cursos luego se convirtieron, casi todos, en libros célebres. Tuve el privilegio de asistir siendo muy joven a esas sesiones que tomábamos, increíblemente, apenas un puñado de entusiastas a los que desde luego la experiencia no sólo nos marcó sino que, empleando una expresión que utilizaba mucho el mismo Octavio Paz al hablar de los autores que le resultaron definitivos: “nos iluminó”. Los recuerdos y lecturas de Rimbaud, Pierre Reverdy (ese gran poeta olvidado), Paul Éluard, René Char, André Malraux; las crónicas de su amistad con André Breton, la relación de las atmósferas literarias de París, las presencias lúcidas de Sartre y Beauvoir y la poesía de Apollinaire fueron, entre otros muchos autores y temas, parte fundamental de sus charlas. Paz nos llevó de la mano a esos ignaros asiduos a sus cursos por los

caminos de la literatura. En una de esas históricas noches leyó una traducción suya a un texto que desde entonces me acompaña en la memoria: “El músico de Saint Merry” de Apollinaire. Todavía escucho la voz de Paz leyendo las extraordinarias líneas de Apollinaire, que son ahora parte de ese libro fundamental: *Versiones y diversiones*.

Alimentado por todas estas presencias literarias, era natural que mi primer viaje a París fuera para mí un gran acontecimiento. Mi madre, quien adoró siempre París, me hizo una lista interminable de lugares que debía visitar y también, claro, una de platillos imprescindibles. Por su parte, mi padre me hizo prometer, en una sesión que él volvió ceremoniosa y protocolaria, que cumpliría con un ritual obligado que describió minuciosamente:

Esto es exactamente lo que tienes que hacer: compras una rosa roja cerca de los Jardines de Luxemburgo y vas hasta el Gran Panteón Nacional; entras precisamente por la puerta del lado izquierdo, no por otra: vas a descubrir los cuadros que narran la vida de Santa Genoveva, la gran patrona de París, y justo en el centro de la gran nave verás el péndulo de Foucault. Luego, hasta el fondo, está la pequeña puerta que lleva a las catacumbas. Baja y no te detengas: sigue a tu izquierda, a pesar de que te emocione mirar la tumba de Voltaire del lado derecho; sigue a la izquierda hasta el último pasillo, y al final de él está la tumba del gran Victor Hugo. Déjale en nuestro nombre esa rosa roja.

Por supuesto que cumplí el ritual con enorme emoción juvenil. Me detuve sólo a ver en el péndulo de

Foucault la prueba del viaje del planeta y la constancia perpetua de nuestra memoria. Bajé a las catacumbas y hasta el final del pasillo izquierdo, pasando por la tumba de Dreyfuss, encontré, siguiendo las instrucciones de mi padre, la tumba del admirado Victor Hugo y también la de Émile Zola justo enfrente de la de Victor Hugo. Me sorprendió que mi padre omitiera este detalle, él que también era un devoto de Zola. Dejé la rosa roja sobre la herrería de la puerta y salí a una hermosísima mañana fría del octubre parisino. Caminé hasta el primer café y desde su teléfono público, con un *expresso* y un *cognac* en la mano, por supuesto, llamé hasta la madrugada de la Ciudad de México, donde me respondió mi padre un poco adormilado: “¡Cumplida la promesa! —le dije exultante—. Pero, ¿por qué no me dijiste que estaba ahí también, frente a Victor Hugo, Émile Zola? Hubiera comprado otra rosa más para él”. “Porque nunca he estado ahí —me respondió con la más absoluta tranquilidad mi padre—: Ahora gracias a ti he podido estar”.

Mucho tiempo después, otra vez en París, le conté esta historia a mi gran amigo Olivier René Veillon quien, contagiado por mí, me propuso que camináramos después de la cena hasta la Place de Vosges, a mirar la casa de Victor Hugo. Mientras caminábamos, hablábamos también sobre otros sueños: los de la construcción de grandes proyectos culturales a través de la televisión. Olivier, a la sazón vicepresidente del canal Arte, creía en el poder transformador de la cultura y veía en la televisión pública y cultural una de las grandes oportunidades de incidir, a través de los medios, en los grandes cambios sociales. Yo, en ese entonces, era subdirector



Victor Hugo, Château de Fougères, 1836

general, con el querido doctor José María Pérez Gay, del recién creado Canal 22 del Conaculta de la época memorable de Rafael Tovar y de Teresa, y creía que el canal podía ser un proyecto cultural que marcara a la cultura en México. No estábamos equivocados.

Si es un lugar común hablar de la enorme influencia de Francia en nuestra vida cultural, poco se ha escrito sobre la espléndida influencia que la televisión pública cultural francesa ha tenido en la creación de proyectos audiovisuales en México. Yo soy un testigo de cómo, de pronto, miramos hacia Francia y nos nutrimos de la defensa de la libertad y la crítica de sus medios públicos; del descubrimiento de otra sintaxis visual donde no había la prisa de la televisión comercial; donde no interesaba saturar para el olvido; donde el documental era valorado como el gran ensayo visual en el que cualquier tema era posible; donde había un respeto y defensa de las audiencias y donde era posible dedicarle un programa en vivo de dos horas a la poesía.

Desde entonces he procurado el contacto cercano con sus creadores y propuestas y me enorgullece mucho que, en los dos grandes proyectos culturales en los que he participado con empeño, tanto en su creación como en su desarrollo: Canal 22 y TV UNAM, el audiovisual francés, su cine, sus grandes documentales y programas, su concepción de otra televisión siempre han tenido una gran presencia y ha sido posible

no sólo compartir sino generar numerosos proyectos comunes en el ámbito audiovisual. También ahora lo hemos logrado desde la asociación iberoamericana ATEI que me honro en presidir.

Entiendo que esa gran alianza con Francia es una de las razones de que esté hoy aquí y mucho lo celebro.

Permítanme emplear unos minutos más para agradecer a toda la gente que quiero y admiro y a las instituciones por las que por otras muchas razones también estoy aquí. A mi familia, por supuesto: a mi esposa Margarita con la que he crecido y que me ha dado tanto durante todos estos años y que me duele la íntima ingratitud de no decirlo con más frecuencia; a mi hijo Alejandro, que también anda construyendo sus propias historias; a mis adorados hermanos Ofelia y Salvador, que también quisieran como yo que estuvieran don Ernesto y doña Ofelia hoy, en este momento; a toda mi familia, esta noche en que, desde ayer, con las muertes de mi tío Pancho y de mi primo Guillermo los días se invaden de ausencias definitivas.

Gracias, como debe ser, a quien quiero entrañablemente; gracias a mis amigos de toda la vida y a los que, aunque recientes, también sé que querré toda la vida: no creo haber encontrado mejor lectura ni agua más fresca que mis amigos.

Mi familia, mis amigos, mis maestros y las personas que adoro: al hablar de ellos, siempre me ha gustado citar a Marisa Madieri: "...al quererme o simplemente al estar a mi lado, con su presencia fraternal no sólo me han ayudado a vivir sino que son, quizá, mi vida misma".

Gracias, también, a mi Universidad, que me ha permitido darle lo que soy y todos los días es tan generosa con quienes estamos en ella y con nuestro país. La UNAM es el proyecto social más importante que se haya construido en México: es la prueba de que nuestra Revolución social triunfó; es la evidencia de que puede existir un México incluyente y mejor.

Miro ahora desde aquí a ese joven entusiasmado frente a la puerta del Gran Panteón Nacional una mañana fría de octubre de hace muchos años y veo ahora al hombre que sigue sorprendido de su fortuna y agradecido por la distinción que le otorga un país que tanto ha admirado. Miro todo lo que he sido y vuelvo de nuevo, a través de estas palabras, a mi historia. Octavio Paz tenía razón: "Entre vivir la historia e interpretarla se pasan nuestras vidas. Al interpretarlas, la vivimos: hacemos historia; al vivirla, la interpretamos: cada uno de nuestros actos es un signo". Y yo ahora, en este momento, con estas líneas, otra vez como hace muchos años, estoy dejando una rosa roja en la tumba de Victor Hugo. **U**



Carta de Victor Hugo a Adèle, 1837

Palabras pronunciadas con motivo de la Condecoración de la Orden de Artes y Letras, en el grado de Caballero, del Ministerio de Cultura de Francia el 3 de febrero de 2011 en la Residencia de Francia en México.